

conocidos, y despues comprendí bien que tampoco seria madre de ningun lindo pequenito y que tendria que envejecer enteramente sola, lo mismo que habia crecido. Los esposos no abundaban para las jóvenes pobres como yo; y mientras que los mozuelos buscaban á mis compañeras, yo me quedaba siempre sola, tanto en el prado como en el baile; así que, ¿lo creerán vds., queridos míos? llegué á mi mayor edad, sin haber nunca aprendido ninguna especie de

baile. Respecto á cantar ya era muy diferente, y he hecho dar á los jóvenes muchos saltos en las épocas de la siega y de la vendimia. Para todas las bodas venian á buscarme, que tan acomodado para el baile era mi canto. La garganta era buena, y yo no pensaba en el reposo de mis piernas.

Mas al referirles á vds. mi historia, es preciso que les cuente todo, hasta los mayores padecimientos de mi razon.



La madre Juana cuenta su historia á los campesinos.

Aquí se detuvo un instante la madre Juana y la oímos suspirar fuertemente repetidas veces. Yo estaba lleno de tristeza, al escuchar aquellos padecimientos vulgares pero profundos. El rústico language de la vieja campesina, el cual procuro espresarlo con la mayor exaclitud, era tan estremadamente sincero, que me sentí mas conmovido con aquella sencilla relacion que con las mas patéticas escenas

SEGUNDA SERIE.—1863.

dé un drama romántico. Los campesinos bostezaban, pareciéndoles larga la historia, y algunos se quedaron dormidos.

—Diez y ocho años tenia yo, continuó diciendo la madre Juana, cuando cierto muchacho empezó á andar detrás de mí. Con frecuencia me lo encontraba por el campo, adonde iba él, mas bien que para trabajar, para cazar en parages

AÑO XXI. 11.



prohibidos. No disfrutaba buen crédito en el país, y las jóvenes escusaban encontrarse con él, pues es cierto que era aficionado al vino y á las pendencias. La primera vez que me habló, le tuve en un principio miedo, pero me dijo buenas palabras que alegraron mi corazón. Después solía yo encontrármelo por los pastos adonde llevaba mis corderos, y á no ser por el temor de hacerle hablar, no me hubiera él dejado sola muchas veces. Por último, me manifestó una buena amistad, y yo comprendí que en ello mediaba otra cosa que en las demostraciones de los demás amigos.

Causóme semejante idea suma alegría en mi corazón, y desaparecieron mis cuidados. No volví á acordarme de mis desconocidos padres ni de mi soledad; porque ví que podía ser aun mas dichosa, que si en mi infancia hubiera tenido todo cuanto los demás tienen. Pero sin embargo, no obstante la esperanza, no entonaba yo sino tristes cantares, é indudablemente era el destino que me estaba avisando.

Cierto día me propuso Pedro que me casara con él; y aunque yo estaba casi esperando semejante indicación, me hizo, sin embargo, tanto efecto, que me asusté y eché á llorar. Mas él conoció que interiormente estaba yo contenta, y me dijo que iba á hablar acerca del asunto á su familia.

—Mira, Juanita, me dijo Pedro, tú eres la mujer que me conviene. Tú semblante es mucho mas agradable que el de todas esas remilgadas, que no tienen tan hermosos ojos y que huyen al verme como de un lobo. Yo no soy vanidoso, me es igual que tú no tengas nada; porque mi padre tiene buenos patacones, y será bien que los saque á luz de su gabela.

Le contesté: —Además, Pedro, nosotros trabajaremos; conozco que es una lisonja lo que me dices respecto á que soy linda; pero á mí no me arredra el trabajo y sabré llevar una casa. Tú has sido muy bondadoso al manifestarme amistad en vez de desden, como los otros, y únicamente pido á Dios el poder trabajar para hacerte feliz.

Pero yo lloraba siempre, pensando que aquello cambiaría en mal, y Pedro trataba de consolarme.

—Déjame obrar, me dijo; es cierto que el viejo no es generoso; pero yo soy su hijo único, y él sabe bien que soy testarudo. Siempre se está quejando de que no tiene una hija, que en la casa ocupe el puesto de mi desgraciada madre. Ahora bien; si yo tuviera una hermana, desearía que fuera como tú, y aun no la querría como á tí te quiero. Déjame, pues, arreglar el asunto, que me encargo de traer á mi padre á razón, y muy en breve se celebrarán nuestros esponsales.

No le faltaba arrojo. Al separarse de mí, quiso darme un abrazo por la vez primera; mas yo le dije:

—Voy á pedirle á Dios, que muy pronto, delante de tu padre, pueda yo darte el beso de los esponsales.

Marchóse, y con todo mi corazón, me encomendé á Dios; pero llorando al mismo tiempo, porque con motivo estaba temerosa. Su padre era un gran labrador, aficionado al dinero y duro con los pobres. Con razón creía yo que no me admitiría él por nuera, no teniendo yo tierras, ni dinero, ni familia. No lo había yo reflexionado antes; porque si así lo hubiera hecho, habría pensado en mi mala suerte, y escusándome de esperar tanto.

Pedro fué mal acogido por su familia, cuando le habló del particular. El padre, sin incomodarse, le dijo:

—Chico, cástate con Juana, si esa es tu idea; pero no

cuentes con que ella venga nunca á casa, ni con que yo te dé un cuarto para tu familia. Ganarás un jornal para mantener á tu mujer y á tus hijos, que nunca faltan á los pobres. Tú no eres fuerte para el trabajo, y la comida escaseará en tu casa.

Pedro quiso envalentonarse, diciéndole al padre, que si este no se ponía mas en razón, sentaría él plaza de soldado. Pero el viejo le contestó:

—El año próximo, de grado ó por fuerza, te llevará el emperador, y lo que estás diciendo me hace comprender tu idea: tú por holgazan y por borracho te has adquirido mala reputación en el país; las jóvenes te vuelven la espalda, y á fin de librarte de las quintas buscabas tú á la Juana por no encontrar otra. Vamos, chico, que tú no tienes mas valor para la guerra que para el trabajo.

El viejo decía esto por malicia, porque sabía bien que á Pedro no le faltaba atrevimiento ni arrojo, y que llevaba éste un fusil mejor que un azadon.

Al verlo yo, cuando volvía él de hablar á su padre, conocí que el asunto iba mal. Venía él muy colérico; me estuvo refiriendo cuanto hubo pasado y la respuesta que á su padre diera, y que iba á engancharse en el ejército, para hacer ver que no era cobarde. Me parecía á mí que este no era el verdadero medio, y que no hubieran podido reconvenirle, si como buen operario se hubiese puesto á trabajar, y mantenido las promesas que me había hecho; pero por mas que le supliqué y que le rogué, de nada hacia caso, y únicamente tenía una idea fija. Conocí entonces que no me amaba tanto como decía, y que el orgullo era lo que le impulsaba. Por mas que hice, se marchó al día siguiente; estaba mas furioso que un demonio, y había pasado la noche en una taberna, y mientras yo estuve llorando en lugar de dormir.

Hijos míos, les aseguro á vds. que en seguida quedé en un estado digno de compasión: porque en mucho tiempo no tuve gusto sino para andar sola por el campo, pensando en Pedro y olvidando mis mejores cantares. Además, me tomaron por su cuenta las personas lenguaraces, burlándose de mí los que no me insultaban. Los amigos de Pedro, decían en todas partes, que yo tenía la culpa de cuanto estaba haciendo. Fué, por último, tanto lo que se habló, que no me atrevía á presentarme ante la gente, y que tuve que adoptar el medio de alejarme del país para ir á buscar trabajo en otra parte.

Entré de criada en una posesión de otro distrito, donde no me conocían, y donde pude vivir tranquila, con mis penas y mis recuerdos. Mi tristeza no pasó pronto: en aquellos tiempos, los jóvenes, no abundaban en los campos, porque todos marchaban para el ejército, y las madres lloraban al ver crecer á sus niños. No se hablaba sino de batallas. Los que volvían contaban las guerras habidas, y todos los que en ellas habían sucumbido. Lloraba yo, pensando en el infeliz Pedro, á quien creía no volver á ver. Mas sin embargo, le ví después de seis años. Dijéronme que había vuelto á su casa, y no pude detenerme en regresar al pueblo. Fui á ver á mi antigua ama, esperando adquirir allí noticias verdaderas.

Efectivamente, Pedro había vuelto, mas con un brazo de menos y con grandes bigotes. Estaba tan cambiado que con dificultad pude reconocerlo. Había muerto su padre, dejándole bastantes bienes, y todos decían que muy pronto se habría él bebido la herencia. Si hubiese querido acor-



darse de su antigua amistad, habría sido muy feliz en cuidarlo y en servirlo como una diligente muger. Háblale conservado yo fidelidad y gran cariño, pero él no pensaba ya en mí. Cuando me encontré con él no me conocí, y me dió miedo con sus bigotes y con sus impíos juramentos. En fin, acabó por decirme:

—Juana, tú eres la causa de que yo esté manco. Yo no te quiero, porque he servido bien al emperador, y esto vale mas que revolver la tierra. Tú eras en tu tiempo una jóven linda; mas esto ya pasó, es como mi pobre brazo que se ha quedado en España. Tu hermosura ha desaparecido del todo.

Me causó gran pena el que me hablara así, no obstante de que ni yo era presumida ni casi pensaba en mi cara, pero las verdades parecen mas duras en boca de las personas á quienes amamos. Me salí del pueblo muy entristecida, pues conocí que al ir á él, esperaba algo. Siempre queremos creer en lo que nos puede hacer felices. Era preciso ser muy simple, y yo debía haber dudado que la suerte estuviese para mí.

No volví mas á ver á Pedro; en todas partes hablaban mal de él; no trabajaba y se estaba comiendo su sueldo de inválido, y los bienes que le dejó su padre, en las casas de bebida y con malas compañías. Algunos años despues se acabó la guerra, vinieron á Francia los cosacos, los cuales andaban á bandadas por la ciudad. Eran hombres horribles, siempre sedientos de vino, que por lo comun no pagaban. Hubo cierta cuestion entre Pedro y otros soldados del emperador. Batiéronse atrozmente, y Pedro recibió una mala herida. ¡Dios haya tenido piedad de él! Murió sin confesarse. He rezado mucho por él: no era de mal corazon y quizá se habrá salvado.

Despues, hijos míos, he pasado mi vida como vds. ven, yendo de posesion en posesion, guardando el ganado y trenzando paja. Mi historia no es larga ni entretenida, porque siempre es la misma cosa: grandes momentos de miseria y otros de placer, como cuando estoy junto á personas honradas, que me tratan cual si fuera de su familia, y que me hacen olvidar que yo no la tengo. Ya soy muy vieja, y acaso en el cielo conoceré á los que tanto hubiera deseado amar durante mi vida.

Chicas, ciertamente no las he entretenido á vds.; pero así lo han querido y ya saben quien es la madre Juana. En lugar de hacerme referir todas estas vejeces que les causan sueño, hubieran hecho mejor en decirme que entonara uno de aquellos cantares que tanto me han consolado en mis miserias, y que me recuerdan mi hermosa voz de pastora y las distracciones de todos los antiguos amigos que ya no existen.—Al concluir estas palabras, se calló la madre Juana.

El auditorio estaba tan silencioso como si estuviera durmiendo. Los buenos campesinos, no habian comprendido ni el interés de estas tristes luchas que contra su abandono y su soledad sostiene un corazon aislado, ni la afflictiva moralidad que proclamaba la narracion de la vieja compasiva; porque las preocupaciones son siempre las mismas en todas las clases de la sociedad, y la falta involuntaria es la que mas dolorosamente se espia.

Yo solo me habia interesado y conmovido; el primero y acaso el único que queria á la madre Juana..... ¡Ojalá sean vds. de mi opinion!

## SILVAS Y PACHECOS

### Ó LOS BANDOS DE MURCIA.

(Continuacion.)

#### IV.

En una ancha y lóbrega estancia del palacio, fortaleza de Fernando de Villafior, en la que habia tres puertas y una ventana cerrada con una pesada reja, se hallaban solos Silva y Pacheco. Ambos estaban sin armas, aunque con su odio inextinguible en el corazon, cuyo odio se hallaba reemplazado en aquel momento por el que sentian hácia el que los tenia allí aprisionados. Habian convenido en dar tregua al suyo hasta vengarse del que les habia puesto en aquel estado, y en esto se ocupaban, cuando entrando en la sala don Fernando, protegido por la oscuridad, se acercó á Silva y Pacheco y les dijo:

—Estais tratando los dos de estermiarme y olvidais que sois mis prisioneros. Empero dejemos esto, tenemos una cuenta de sangre que arreglar juntos, y es necesario que los tres podamos vernos bien las caras...

Hizo una señal con un pito de plata que llevaba colgado del cuello, é inmediatamente aparecieron dos criados que colocaron unas antorchas sobre enormes candeleros de hierro que allí habia, permaneciendo entretanto inmóvil el marqués de Villafior, considerando el sitio donde se hallaba. La vista de aquella sala, donde diez años antes habia entrado, estaba para él llena de fúnebres recuerdos. Dirigióse á abrir la ventana cerrada por la reja para que entrase algun poco de aire que refrescase su cabeza y tranquilizase su corazon porque necesitaba la calma. Viendo Silva que nada decia el marqués de Villafior y lo mismo el conde de Lorca, le preguntaron qué estaba mirando desde aquella ventana, y qué aguardaba para manifestarles lo que queria decirles.

—Voy á decíroslo, contestó Villafior. Los cuatrocientos aventureros que don Alfonso tenia emboscados para sorprender y estermiar á los Silvas y sus parciales están acampados á la derecha, entre los muros de la ciudad y este castillo: reconozco á esos bandidos en las hogueras que han encendido en el llano y en sus gritos que suben hasta aquí. No te han abandonado.

Acercóse entonces Pacheco á la ventana y reconoció en ellos los que habian combatido por don Pedro. Villafior, siempre á la ventana, continuó diciendo:

—Mira allá abajo, cerca de aquel caserío, un grupo de hombres inmóviles bajo sus blancas capas; ¿no ves, Silva?... Es un escuadron de moros errantes y que están á sueldo del que quiere pagarles. Uno de tus escuderos está á su cabeza... Silva, tú has prometido á esos infieles que derramarán sangre castellana y aguardan con paciencia.

—Pues bien, que traigan el fuego á tu castillo y que ardamos todos juntos; entonces me habrán servido bien.

—Y ojalá puedan mis parciales ayudar á esa obra de destruccion y de muerte y perezamos todos juntos.

—Si tal es vuestro deseo, señores, es difícil que nos entendamos... Afortunadamente están encadenados los tigres y ha llegado la hora de enseñarles á obedecer.



—Veamos lo que teneis que decir; decidlo pronto.

—Me parece que hace tiempo estamos escuchándote.

—Como gustéis; pero antes de que me explique, dijo Villafior, responded, pero sin amenazas, con tranquilidad, como yo hablo. ¿Estais bien seguros, uno y otro, de que á cualquier combate á que me llameis ese día yo no he de faltar?

—Estamos seguros, respondieron los dos.

—Pues bien, antes de que llegue esa hora fatal, seguidme al combate á que os llamo.

—¿Contra tí? preguntó con alegría Silva.

—¿Contra tí? repitió con asombro el conde de Lorca.

—No, contra los enemigos de la España. Hace dos años que Abderrhaman desde los altos de sus minaretes de Córdoba mira con ojos ávidos y vigilantes esta rica provincia que le hemos tan lentamente arrancado... El tigre refugiado tras sus murallas inexpugnables aguarda la hora en que cansados del ocio en que les ha dejado sus victorias, los nobles españoles enciendan entre sí la guerra; y luego, cuando esa hora haya sonado, se arrojará en medio de la contienda de nuestros partidos, se deslizará á favor de nuestras disensiones y vendrá á nuestros llanos á plantar la media luna de Mahoma sobre las torres de nuestros templos.

—Si tu puedes olvidar bastante la injuria de este Tellez para marchar juntos á esa gloria bajo la misma bandera... me uniré á vosotros... pero os seguiré como el león sigue á su presa.

—¿Y qué respondes tú, marqués de Huescar?

—Lo que Pacheco... No me parece posible que el marqués de Villafior y Silva Tellez tengan los dos una espada en la mano solo para dirigirla contra sus enemigos y los míos.

—Poco os apreciáis cuando en tan poco estimáis á los demás... ¿Teneis tan gran necesidad de vengar en seguida vuestras injurias que no podais dilatarlo un poco para salvar la patria?

—¡La patria! dijo Pacheco.

—¿Has podido pensar, tú, Silva, que el ultrage que me has hecho le relegue al olvido y no busque en tu corazón hasta la última gota de sangre? ¿Has creído que podíamos vivir juntos los dos sobre la tierra?

—Pues bien, dame una espada, contestó Silva, puesto que recuerdas los ultrages que solo la sangre puede lavar.

—Silva, me perteneces: esta prision que te ofrezco abrir, puedo cerrarla para siempre sobre tí; ese brazo que quiero armar puedo cargarle de cadenas y dejar devorar en tu corazón tu impotente odio consumido en ese calabozo.

—Hadlo en buen hora; aguardaré el momento en que salga de él y mi odio será mas poderoso, mas implacable.

—¿Y no has comprendido, replicó el marqués de Villafior, que en lugar de esas infames cadenas yo te daba una cadena sagrada... que en lugar de llorar vanamente tu venganza en un oscuro calabozo te daba por prision el campo de batalla?... ¿No has comprendido que en lugar de dejarte aguardar lo que ningún esfuerzo humano pudiera darte, el momento de tu libertad y con ella la ocasion de encontrarme, te ofrecia la noble ventaja de apresurar por la victoria tu libertad con la libertad del país, y la hora en que sin pesares, sin remordimientos, tranquilos con nuestros odios y libre la patria pudiéramos combatir? ¿No has comprendido eso?... ¡Ah! no mereceis ni el uno ni el otro el honor que os hacía.

—Si así es como lo entiendes, dijo el conde de Lorca,

Villafior, soy contigo; Silva, tú debes ser de los dos. Ven, vamos á dejar el campo libre y hasta ese día que no nos sea permitido el batirnos: todavía podemos medir nuestros odios por la grandeza de las hazañas que ejecutemos contra los enemigos de la España.

—Ya sabia yo bien, dijo con alegría el marqués de Villafior, que tú me comprenderias, Pacheco... ¿Y tú, marqués de Huescar?

—Villafior, had preparar tus cadenas mas pesadas y abrir el calabozo mas oscuro, contestó Silva.

Quedaron por un momento los tres en silencio. Despues el marqués de Villafior abrió la puerta de la derecha, y cogiendo de la mano á Silva, le dijo:

—¿Qué ves en ese suelo?

—Sangre, contestó Silva.

—Pues voy á decirte que sangre es esa... No eres tú el primero cuyas palabras han intentado mancillar el honor de una muger. Un hombre como tú, osó decir que habia obtenido el amor de una Villafior... Estaba en este lugar cuando pronunció estas palabras, y el puñal de un Villafior le derribó muerto en este sitio.

—¿Y qué? dijo sereno Silva.

—El cadáver de aquel infame debía desaparecer; le llevaron arrastrando al fondo de esa sala donde tú vas á entrar y se cerró esa puerta que no se ha vuelto á abrir desde hace diez años.

—Eso es horroroso... Empero entró muerto.

—Pero tú entrarás vivo.

—¿Cual es tu proyecto? preguntó Pacheco.

—¿No puedes hacerme matar mas noblemente? ¿Tiene necesidad tu odio de darme los tormentos del hambre?

—¡Los tormentos del hambre! dijo Villafior. En esta casa hay una muger que la ha sufrido ocho dias por permanecer fiel, y tú podrias bien soportarla hasta la muerte en castigo de haberla insultado.

Silva, al oir esto, dió un paso atrás cuando ya iba á entrar en el calabozo. En aquel momento se oyó á la parte de afuera los sonidos de un laud. Era el escudero de Silva, que reconoció la señal, y Pacheco dijo:

—Piensa que esa señal te trae tal vez tu último medio de salvacion, y considera que no puedes responder á ella.

—Que responda, si quiere, dijo Villafior. Escucha, Silva; es tu escudero, que está al pié de esta torre; dile lo que quieras; haz la seña que gustes, porque si crees poder así escapar de aquí, quiero que esa esperanza entre contigo en ese calabozo, en esa tumba.

Dirigiéndose Silva hacia la puerta del calabozo que habia abierto el marqués de Villafior, le contestó con altivo desden:

—No, Villafior, nada quiero de tí; que esa puerta se cierre tras de mí; empero temblad los dos de ver levantarse sobre vosotros la mano que venga á abrirla.

Y al mismo tiempo entró en el calabozo con paso firme, dando un violento portazo.

Pacheco contempló tranquilo aquel espectáculo, y en su odio conoció y juró que no seria su mano, ni la de los suyos, la que fuera á abrir aquella puerta. Apenas se habia cerrado, cuando en la puerta del fondo apareció Estrella, la cual, habiendo oido las palabras de su padre, exclamó:

—Será la mía.

—¡La mano de la marquesa de Villafior! dijo asombrado é indignado aquel. ¡Ah! si no hubiese hecho mas que insultar



tar á vuestro esposo, comprendo la compasion de ese corazon que estraviaba el amor; empero ha insultado á vuestro padre, á vuestra familia. ¿No te queda ya ni orgullo ni respeto á tu nombre cuando le perdonas el ultrage con que nos ha mancillado á todos en tí?

—Antes de condenarme, padre mio, antes de tomar ninguna funesta resolucion... aguardad una hora, y tal vez sabreis que el corazon de vuestra hija, no solo es firme para el dolor, sino que sabe hacer otros sacrificios mas que el de la vida.

—Ni á tí ni á mí corresponde el derecho de disponer de su suerte, y al mismo tiempo salió de aquella estancia aprovechando la libertad que le habia dado el marqués de Villafior, cuya conversacion con su hija preveia el anciano iba á ser muy dolorosa para su corazon, y no quiso escuchar.

—Os he oido bien, dijo el marqués á su esposa. ¿Es cierto que habeis dicho que vuestra mano abriria esa puerta?

—Sí, la mia; porque tambien tenemos una cuenta terrible que ajustar ambos, marqués de Villafior.

—Es justo.

—Y por el mal que á los dos nos habeis hecho, tal vez tenga el derecho de pedirlos la vida y la libertad del marqués de Huescar.

—Acabo de ofrecérselas y las ha rehusado.

—De vos.

—¿Os estimais en poco para pensar que pueda dársele á otro título?

—Os estimo á vos bastante para pensar que si hubiérais estado en su lugar hubiérais obrado del mismo modo.

—¿Qué decís? ¿Qué os atreveis á decirme?

—Que no aceptarais de él ni gracia, ni compasion, ni merced... y mejor querríais morir que dejarle la gloria de haberos salvado.

—No, Estrella; tal vez, dócil al ejemplo que me dá, le sacrificaria á mi odio.

—Y eso es lo que conseguireis si rehusais la vida de Silva á aquella de quien él, de seguro, la recibiria bien.

—De la que ama, añadió con ironía su esposo, y de la que es amado.

—Y si ese amor es un crimen, ¿quién tiene de ello la culpa? preguntó con firmeza Estrella.

Villafior permaneció un momento en silencio, y despues lo rompió, y siguiendo el movimiento de su corazon, aunque contrario á sus deseos, la dijo:

—Y si á pesar de mi crimen con vos soy mas generoso que él, ¿qué diríais?

—No tenia necesidad de conoceros para saber la virtud que abrigan los nobles corazones para perdonar y olvidar un ultraje.

—Señora, creedme; aquel cuya espada jamás ha desfallecido en los campos de batalla, no deja nunca de ser generoso y de olvidar las injurias.

—¿Y qué injurias teneis que olvidar vos, señor?

—¡Oh, Estrella! Cuando arrastrado por una loca estravagancia, he querido ser á toda costa vuestro esposo... lo confieso; vuestra belleza, vuestra posicion, vuestras virtudes, triunfaron sobre toda mi ambicion, y contaba apenas entre mis esperanzas con vuestro amor... Pero despues que os he visto, por salvar de una afrenta el orgullo de vuestro padre, marchar animosa y firme al altar de que queríais hacer una tumba... Desde que os he visto en esta casa buscando, como

el náufrago, la vida, la muerte, señora, he comprendido todo el valor del corazon que habia ofendido... del alma que habia quebrantado... Y cuando he sabido que tanto dolor procedia de un amor perdido... ¡oh! he considerado que debia ser una felicidad celestial el ser amado así, y que un amor como el vuestro era la suprema recompensa de la virtud, la corona de todas las coronas, la cima de toda ambicion.

—¿No habeis tenido esa esperanza, marqués de Villafior?

—No, Estrella; y hé aquí por qué soy generoso; porque aquel á quien ella puede decir todo eso, aquel á quien su amor ha sido correspondido... aquel á quien yo quisiera privar de la existencia, no solamente en el porvenir, sino tambien en el pasado... ese vivirá... vivirá porque lo quereis... vivirá amado de vos... vivirá amado de la marquesa de Villafior.

—Que ha querido morir, contestó con firmeza Estrella, para que nouviérais nada que echarle en cara.

—Que moriria con su muerte, ¿no es verdad? Tomad la llave; que se marche, que yo no sepa que está cerca de mí... Podria arrepentirme, y recordar que tengo derecho de matarle.

—Eso seria un crimen.

—No hablemos una palabra mas; apresuraos.

Y señalando al mismo tiempo la puerta, añadió:

—Esa es la puerta de la prision.

Luego, dirigiéndose hacia la izquierda, dijo:

—Esta otra le llevará adonde sus amigos le aguardan.

Que se marche, vuestra voz y vuestro amor le acompañe... seguidle vos misma si quereis... No sé si tendré menos celos de su felicidad cuando esteis á su lado que los que he tenido al ver vuestra desesperacion.

—No, marqués de Villafior, dijo con noble dignidad y entereza Estrella; os engañais; habeis podido hacer de mí la mas desgraciada de las mugeres; pero jamás hareis una esposa culpable.

El marqués se marchó conmovido.

Estrella abrió la puerta de la prision, donde poco antes habia sido encerrado Silva, el cual, al salir de ella, mostró la mayor admiracion y al mismo tiempo terror.

—Estrella, ¿eres tú? dijo.

—Sí, Silva, apresúrate; huye.

—Ven conmigo. Me parece aun oír quebrarse bajo mis piés los huesos secos del amante de la marquesa de Villafior, cuyo cadáver está encerrado en ese lóbrego aposento. Yo me creia mas fuerte contra la prision; pero, gracias á Dios, he vuelto á ver la luz. Ven conmigo; huyamos.

Estrella enseñaba la puerta del lado izquierdo á su amante, diciendo:

—Esa puerta te conducirá á donde están tus amigos.

—Y es tiempo de que llegue pronto, contestó Silva, porque va á amanecer; no he respondido á la seña que me habia hecho mi escudero, y entonces ejecutará mis órdenes.

Silva cogió la llave que le habia dado Estrella; empero volvió otra vez á rogarla que le siguiese. Resistióse ella constantemente, y preguntándole entonces él á qué habia venido á aquella prision, le contestó que únicamente á devolverle su libertad y su vida.

—Mi libertad eres tú... mi vida eres tú. Sígueme, ó de lo contrario, no saldré de esta prision.

—La desgracia es como una compañera mía; aceptémosla; separémonos hasta que me sea lícito abandonar la vida y



unirme contigo en la muerte, lo que entonces podré hacer sin los remordimientos que hoy tendría de esposa culpable.

—No te comprendo, Estrella; ¿quieres que te deje aquí para que te mueras sola, como has querido morir antes? ¡Oh! ¡eso es pedirme un crimen!

Entonces Estrella, apasionada, lanzándose en sus brazos, le dijo:

—Pues bien, márchate; viviré, te prometo vivir.

—Pero en ese caso, te dejaré en las manos de Villafior. ¿Quieres tú que viva con ese terrible pensamiento?

—¿Y cuál sería nuestra suerte si yo te siguiese? ¿Con qué nombre me designarían, si después de haber mancillado el nombre de mi padre, arrastrase después ignominiosamente a tu lado el nombre de mi esposo?

—¡El nombre de tu esposo! exclamó Silva. Pues bien, Estrella; no faltaré al honor de un nombre que te es tan precioso; no me seguirás en mi fuga, empero yo tampoco me marcharé.

Y al decir esto, se sentó tranquilamente.

—¿Y no recuerdas, infeliz, dijo Estrella conmovida, la orden que yo sé habías dado á tu escudero, que si al amanecer no hubieras vuelto á donde están tus parciales, cumpliera la orden infame que le habías dado de ir á Huescar y abrir las puertas de tu ciudad á los moros, á quienes la has prometido á condicion de que te ayuden en tu venganza?

—Pues bien, dijo lleno de cólera Silva; si es un crimen sin perdon haberlos llamado... tú tendrás de él la mitad; tú, que puedes prevenirle y evitarle siguiéndome, y que no quieres.

En vano Estrella rogó, suplicó, lloró; no hubo más remedio; cada vez mas obstinado Silva, estaba resuelto á que se verificase la traicion que habia concebido, si Estrella no le acompañaba. En vano intentó conmovérle haciéndole ver que su rival Villafior se llenaria de orgullo al saber su deshonra; que la infamia, si llegaba á suceder, recaería tambien sobre ella, á quien insultarian con un fingido dolor, con una falsa compasion, repitiéndole sin cesar que el marqués de Huescar era un traidor. Su padre lo haria tambien esperando curarla de una insensata pasion, logrando, en vez de curarla, matarla con un suplicio mas. Conmovido entonces Silva, dobló la rodilla delante de Estrella, y la prometió vivir para que ella viviese por él, empero asegurándola, sin embargo, que se vengaría.

—No resisto, contestó Estrella; pero marcha á donde mi padre y mi marido te llamaban hace poco, y en ese camino de gloria que vas á recorrer, haz de manera que en todas las horas de esa guerra que amenaza á la patria, puedan decir de tí: ha encontrado á los moros el marqués de Huescar y ha sido el primero en combatirlos..... Se ha tomado á Córdoba, y el marqués de Huescar ha sido el primero en escalar sus murallas... Abderrhaman ha sido vencido y el marqués de Huescar ha sido su vencedor ¿Puedes encontrar otra venganza mayor contra ellos y que mas les atormente? Pues está seguro que eso seria para ellos mas cruel que la muerte.

Levantóse Silva entusiasmado y dispuesto á partir. Abrazó tiernamente á Estrella, que se hallaba anegada en lágrimas, y la juró que marchaba para alcanzar á su escudero é impedir que no se verificase la fatal orden que le habia encargado. En el mismo momento en que estaban despidiéndose con el mayor amor y ternura, pensando cada uno de los dos que su vida era su vida, y que morirían cada uno en el

otro, por la puerta que habia abierto Estrella entró don Alfonso Pacheco, que la cerró inmediatamente con llave, tirándola al suelo y colocándose apoyado sobre su espada frente á Silva.

—La muerte existe y la vas á encontrar aquí, dijo con arrogancia don Alfonso.

—Hé aquí la generosidad de Villafior, dijo con irónica sonrisa Silva mirando á Estrella, que habia quedado muda de asombro y de terror á la vista de su hermano.

—¡Atrás, atrás, hermano mio! Deja huir á Silva: todos han dado tregua á su odio.

Empero don Alfonso la rechazó violentamente de sí y se colocó delante de Silva amenazándole. Este buscaba por todas partes un arma, en tanto que Estrella, abrazándose á las piernas de aquel, le decia:

—¡Piedad, piedad, hermano mio! tú no puedes asesinarle así.

—¡Asesinarle! contestó don Alfonso. Vé á buscar una espada para tu amante; es la única gracia que puedo concederte.

—¡Dios mio! si yo la tuviese no me lo dirias dos veces don Alfonso, gritó con desesperacion Silva.

Estrella se hallaba preocupada del peligro que corría su amante y con la idea sobre todo de que no pudiese llegar á tiempo de impedir la partida á Huescar de su escudero, partida que si se verificaba hacia recaer sobre su nombre la infame mancha de los traidores.

—Un momento, dijo Silva á don Alfonso; dejadme marchar, y antes de pocos minutos, en cuanto haya podido alcanzar á mi escudero para revocar una orden que en un momento de delirio le he dado, me tendreis aquí de vuelta.

—Déjale marchar, clamaba al mismo tiempo llorosa y con las manos juntas Estrella.

—No, contestó don Alfonso blandiendo la espada; te lo he dicho: donde quiera que lo encuentres le habia de matar; aquí le hallo y voy á matarle.

Y al mismo tiempo trató de desembarazarse de su hermana que se interponia entre la espada y Silva y empezó á gritar.

—¡Socorro! ¡socorro! ¡Villafior, Villafior!

En aquel momento entró el venerable conde de Lorca por la puerta del fondo, lanzándose entre don Alfonso y Silva á quien aquel iba ya á herir, deteniendo á su hijo sin haberle reconocido en los primeros momentos.

—¿Que significa esto? gritó.

—Significa, contestó con exasperacion Estrella, que cuando Villafior ha comprendido que no podia matar á Silva, que cuando mi padre y mi marido han querido que sea libre, hay un hermano que no habiendo podido obtener mi muerte quiere conseguir la suya.

—Hay un hombre, contestó con tono amenazador y altivo don Alfonso, que no se deja engañar por las lágrimas de una muger, y que no quiere que su hermana se escape con su amante como una muger perdida.

Pacheco, conteniendo á su hijo le dijo:

—Dime: ¿cómo has podido tú llegar á esta puerta al pie de la cual vigilaban los partidarios de Silva?

—Ahora duermen todos en eterno sueño.

—¡Oh! entonces se ha hecho justicia, dijo severamente Pacheco. Gracias, don Alfonso, aunque tu padre tenga que enviarte el honor de esta victoria.



De repente entró corriendo el marqués de Villafior por a misma puerta que lo había verificado poco antes Pacheco, diciendo:

—¡El honor de la victoria! sabed, señor, que cuando los ha atacado don Alfonso los moros se habían marchado: eran doscientos contra diez.

Reflejóse en el rostro del anciano el disgusto mas profundo, y don Alfonso, cuyo genio era cada vez mas feroz, asomándose á la ventana, dijo:

—Desde aquí puede Silva contar los cadáveres de nuestros enemigos; no falta mas que el suyo.

Pacheco, alejándose de su hijo con horror, le dijo:

—¡Bárbaro! ¡Los has degollado, degollado cobardemente!

—¡Y yo me hallo en tu poder y sin armas! gritó Silva.

—Márchate, infeliz, márchate, le dijo entonces Pacheco.

Intentó evitarlo don Alfonso cada vez mas resuelto á matar al de Silva, lo que estorbó su padre; mas éste consternado y lleno de desolacion al saber la muerte de sus parciales, le dijo:

—No lo estorbeis, señor; no me dejéis en libertad; matadme, porque ahora no volveré mas á las murallas de esta ciudad sino con Abderrhaman, con el hierro y la antorcha en la mano.

—Vuelve como quieras, contestó Pacheco: mi hijo don Alfonso te absuelve anticipadamente de tu crimen.

—Pues bien ¡ay de todos vosotros! dijo con voz tremenda y furibunda dirigiéndose hácia la puerta.

De nuevo quiso impedirle el paso don Alfonso: empero Silva gritó:

—¡Una espada, una espada contra este hombre!

Entonces el noble conde de Lorca sacó la suya y se la dió á Silva diciéndole:

—Hé aquí la mía, Silva Telléz; ábrete el paso si te lo estorba.

Don Alfonso por su parte, blandiendo su espada, gritaba:

—Ven, ven.

Mas el marqués de Villafior, separándole á un lado, le mandó que dejase pasar á Silva.

Este, al salir por la puerta, volvió á gritar:

—Pronto me volveréis á ver.

—Te sigo, contestó don Alfonso.

Conteniéndole de nuevo el marqués de Villafior, le dijo:

—Si yo te permitiese ir allí, me encontrarias delante de él.

—Y en caso de necesidad, hallarias tambien á tu padre, añadió Pacheco.

Volviéndoselos tres que habían quedado despues de la marcha de Silva con furor reconcentrado contra don Alfonso, en voz solemne el marqués de Villafior le gritó:

—Tú que con tu odio has perdido la causa de la patria, ¡maldito seas!

Estrella, aproximándose á su hermano, le gritó tambien.

—Tú, don Alfonso, que has perdido á mi Silva, ¡maldito seas!

El padre, con voz trémula, se acercó tambien y le dijo:

—Tú, que me has obligado á salvar á mi enemigo, ¡maldito seas!

En el momento en que Pacheco pronunció esta solemne maldición contra su hijo, don Alfonso permaneció anonadado; dobló la cabeza, y de su mano sin fuerza cayó la espada con que había antes procurado impedir la fuga de su mortal enemigo.

(Se continuará.)

EL CONDE DE FABRAQUER.

## PROVINS.

DEPARTAMENTO DEL SENA Y DEL MARNE.

Existe á dos leguas de París una ciudad en la que nada falta para poder atraer desde cien leguas al viajero, recuerdos gloriosos, hermosas ruinas, delicioso horizonte: he aquí lo que se busca y ve desde cerca y lo que representamos en el grabado que damos en este artículo. Provins reúne paisaje variado, de suaves líneas onduladas mezcladas sin confusion, bosques que embellecen las formas de la tierra sin ocultarla, y en fin, la risueña armonía de la naturaleza y de la medida. En medio de estos graciosos sitios, entre dos pequeños valles, hay tendida una ciudad al pie de una alta colina; allí se ven restos de fortificaciones de antiguos castillos tapizadas de yedra, de terrazas rústicas y cubiertas de verdura que parecen ser las bases de un gran pedestal sobre el que se muestra de pie una iglesia. Al lado izquierdo se levanta la torrecilla de los Ingleses, cuya sombra cae sobre las praderas en declive; tambien se ven algunos cercados de madera que defienden los campos. Mas alto se detiene la vista sobre una línea irregular de antiguas murallas y allí se muestran los perfiles, los cerrados arcos donde los monges del convento de Santiago, poderoso en otro tiempo, abrigaban sus árboles. Elevase allí una especie de fortaleza cuadrada, el pináculo donde habitaban los maires en los tiempos del esplendor provinsés, y que ahora sirve de habitacion á un arqueólogo distinguido, historiador de la ciudad. Desde esta torrecilla baja de repente la muralla á la derecha y sigue una gran cuesta; por un lado es el límite de los terrenos de Santiago, y por el otro domina un escarpado sendero que la separa de un parque. La cumbre de la colina está ocupada por jardines y casas que tienen una admirable vista al Mediodía y al Poniente. Provins fué una de las primeras conquistas de Clodoveo, y no salió del dominio de los reyes sino para entrar en el de los gobernadores de palacio. En tiempo de Carlo-Magno era la capital de un pago, que tenía derecho de batir moneda. Fué tomada por Luis el Germánico, vuelta á reconquistar por Cárlos el Calvo, y resistió á las invasiones normandas. Era plaza de guerra.

La dinastía de los Vermandois, que reemplazó á los Carolingios en Champagne, trasmitió Provins á la familia de los condes de Blois. Sus nuevos señores hicieron de ella la segunda capital y su morada predilecta. Sus inespugnables fortificaciones, aumentadas y reparadas sin cesar en los siglos del XI al XIII, les permitian desafiar desde allí á sus enemigos cuando se verificó la gran coalicion de los señores en 1228. Cuando los condes de Champagne adquirieron





Vista general de Provins.